

MARÍA NOS HACE MIRAR A SU HIJO

(*a propósito de las fiestas marianas más antiguas del Calendario*)

Las fiestas marianas más antiguas de nuestro Calendario –Maternidad divina de María (1 de enero), Presentación (2 de febrero), Anunciación (25 de marzo), Asunción de María (15 de agosto) y Natividad de María (8 de septiembre)– son fiestas mariano-cristológicas. Podríamos decir, por tanto, que ninguna de ellas es una fiesta mariana al cien por cien, sino que en todas ellas, María nos hace mirar de un modo u otro a su Hijo, Jesucristo.

La solemnidad de Santa María, Madre de Dios (1 de enero) tiene su fundamento en el nacimiento de Jesús, Dios y hombre verdadero: María es madre no solo del Jesús hombre sino también del Jesús Dios, pues ambas naturalezas están inseparablemente unidas en la persona divina del Hijo de Dios.

La fiesta de la Presentación une simultáneamente la presentación de Jesús en el templo y la purificación de María después del parto. Tal es así que su actual nombre, Presentación del Señor, fue durante siglos Presentación de María.

Igualmente, la fiesta de la Anunciación tiene como protagonistas a Jesús y a María: María concibe en su seno por obra del Espíritu Santo al Verbo eterno. Y también su nombre fue modificado tras la reforma litúrgica conciliar pasando de Anunciación de María a Anunciación del Señor.

La solemnidad de la Asunción celebra la glorificación de María que parti-

cipa plenamente de la nueva vida de su Hijo resucitado. La Asunción es la Pascua de María, la primera manifestación de la Pascua de Jesucristo.

Finalmente, también la fiesta del nacimiento de María debemos leerla en clave cristológica, como descubrimos en las oraciones de esta celebración. Así la oración colecta vincula el nacimiento de María con el nacimiento de su Hijo: «Hemos recibido las primicias de la salvación por la maternidad de la Virgen María», señalando así que gracias a que María nació, pudo nacer el Hijo de Dios; o «consigamos aumento de paz», recordemos que el nacimiento de Jesús trae la paz como proclamaron los ángeles a los pastores (cf. Lucas 2,14), cumpliendo el anuncio profético de Isaías que llama al mesías «príncipe de la paz» (Isaías 9,6) y el canto del salmista que desea que «en sus días la paz abunde eternamente» (Salmo 71,7). También la primera opción de oración sobre las ofrendas habla del Unigénito nacido de María y la segunda opción de esa misma oración recuerda que en la Virgen se encarnó el Hijo.

María está, por tanto, «unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo; en ella, la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención y la contempla gozosamente, como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser» (*Sacrosanctum Concilium* 102).

JOSÉ ANTONIO GOÑI